
NOTA DEL DIRECTOR

El presente número de la revista *Teología* se abre con un homenaje al P. Lucio Gera. Tras su fallecimiento, el 7 de agosto de este año, numerosas publicaciones han recordado aspectos de su vida y de su pensamiento, señalando su notable originalidad, riqueza y dinamismo, que lo ubican entre los fundadores de la llamada “escuela argentina” en teología. Además de su invaluable contribución a la teología de la cultura, L. Gera ha mostrado una gran sensibilidad para la dimensión existencial de la ciencia teológica, sensibilidad que desarrolló a través del cultivo de la literatura. No es casual entonces, que como primer director del Instituto de Investigaciones Teológicas, haya sido él quien impulsó la formación del SIPLLET (Seminario Interdisciplinario Permanente Literatura, Estética y Teología), y con él, el surgimiento de un ámbito de diálogo entre literatura y teología que hoy se revela como uno de los sectores más vitales y fecundos de la teología argentina.

En estrecha vinculación con otro aspecto, quizás el más conocido, de la obra de L. Gera, su reflexión sobre la cultura popular, se incluye en este número un informe sobre el itinerario del “grupo de investigación y reflexión sobre cultura popular actual”. En él se aborda la cuestión de cómo definir la cultura popular en América Latina y su vinculación con la fe, buscando preservar el rigor académico sin perder por ello la frescura de la experiencia pastoral directa. Tras haber tratado diferentes aspectos de este tema, el grupo se propone para el futuro abordar de un modo sistemático, los alcances de la categoría “pueblo”, en sus vertientes política, sociológica y teológica.

El profesor O. Beltrán presenta la primera parte de su tesis doctoral, en la que aborda de un modo muy claro y sistemático el arduo problema de la integración del saber, un tema ya presente en el Medioevo, pero que hoy adquiere especial actualidad, dado el desarrollo y la especialización de las disciplinas en todos los campos del conocimiento. J. Maritain dedicó una buena parte de su obra al estudio de los problemas epistemológicos, siguiendo el lema “distinguir para unir”. El autor traza el itinerario de Maritain a partir de sus principios: la intuición del ser y su analogía, el realismo crítico y la distinción y relación recíproca entre fe y razón. A partir de estos fundamentos, define luego la naturaleza propia del conocimiento científico y sus tres grandes ámbitos, la filosofía, la ciencia propiamente dicha y la teología. La subdivisión prosigue distinguiendo entre los saberes especulativo y práctico y señalando las divisiones internas de ambos. Se señalan finalmente dos aspectos de especial importancia en este recorrido: la distinción entre el orden especulativo y el orden práctico, y la teoría de los grados de abstracción, que Maritain recoge de la tradición clásica y enriquece con su propia elaboración. La exposición será completada en la segunda parte del trabajo, que se publicará en un próximo número de la revista.

En el trabajo siguiente, el prestigioso filósofo Mauricio Beuchot analiza la relación entre la razón y la mística, dos campos que en el pensamiento común aparecen muchas veces como incompatibles y recíprocamente excluyentes. Para mostrar el vínculo entre ambas, recurre a la obra de Leszek Kolakowski, filósofo católico polaco, con el fin de encontrar un equilibrio proporcional o analógico entre la sola razón y la fe pura. Por un lado, existe una “lógica de la mística”, una intrínseca racionalidad de la experiencia de lo sagrado. Para Kolakowski, la existencia de Dios, aunque no se pueda probar, funda la existencia de la verdad, de modo que no sólo para la teología sino para toda ciencia vale el principio de “creo para entender”. Por su parte, la fe, aunque por su naturaleza no puede ser demostración, sí puede aportar argumentos que muestren su razonabilidad, su no-irracionalidad. Fe y razón, además, hunden sus raíces en el mito, en la simbolicidad. Y en especial es el mito y no la razón, el modo más adecuado de expresar la experiencia del amor en general, y la experiencia del amor de Dios propio de la mística. Aquí, el autor introduce el tema de la

hermenéutica analógica, que no se traduce en una teología puramente negativa que se conforma con “mostrar” la experiencia mística, sino también en una teología positiva (“a medias, analógica”), que de algún modo, por limitado que sea, es también capaz de “decirla”.

Se encuentra aquí un importante punto de coincidencia con el artículo de la Dra. Gabriela di Rienzo, “El lenguaje místico en Santa Catalina de Siena”. Existe una literatura mística precisamente porque, si bien la experiencia mística, siendo relación personal con el Absoluto, es inefable, al mismo tiempo recurre al lenguaje como única forma de comunicar, aunque sea limitadamente, el “exceso” del Misterio. Fundándose en los análisis de M. de Certeau, la autora aborda a continuación *Il Dialogo della Divina Provvidenza*, que ilustra el modo en que los místicos entablan “una lucha con la lengua”. También se refiere a la tensión que muchas veces se genera entre el místico y la institución, ilustrado por el modo en que Catalina debió enfrentar críticas y sospechas en el proceso de integración de su experiencia mística dentro de la institución eclesial. Por su carácter epistolar, en *Il Dialogo* se aprecia una convergencia de lenguaje escrito y oral, que en manos de la santa se convierte en un poderoso instrumento expresivo para comunicar su diálogo personal con Dios.

El tema de la Palabra de Dios se hace presente en este número a través de dos artículos. El primero es el del P. Gabriel Nápole, que analiza el lugar que aquélla ocupa en la reforma de la Liturgia de las Horas de 1971. Si bien la Palabra de Dios está presente en el contenido de himnos, antífonas y oraciones, también posee un lugar específico, en especial en el oficio de lecturas, como así también en la lectura breve y en los salmos. En cada caso se estudian los criterios de distribución establecidos en la *Institutio Generalis* que introduce la mencionada edición. En sus conclusiones el autor recuerda la *sacramentalidad* de la Palabra de Dios: cuando se la proclama en la Liturgia, se anuncia a Cristo crucificado, pero también es el mismo Cristo glorificado quien habla a su pueblo. Por lo tanto, la Palabra proclamada tiene eficacia por la acción del Espíritu, no sólo en sentido moral, *ex opere operantis*, sino también en sentido real, *ex opere operato*, en cuanto acción del mismo Cristo. Esto permite valorar en toda su riqueza la presencia de la Palabra en la Liturgia de las Horas, que santifica el tiempo,

nos da palabras para responder a Dios, y nos renueva día tras día, en medio de los avatares del mundo, con la luz de la esperanza.

Eleuterio Ruiz, por su parte, estudia el uso de la metáfora en el Cantar de los Cantares. Tradicionalmente este libro fue interpretado como una alegoría del amor de Dios por su Pueblo, o de Cristo por la Iglesia. La exégesis moderna, por su parte, lo entendió como el poema de amor de una pareja humana, dotado de consistencia propia. También se ha tratado de vincular ambas lecturas, presentando el amor humano como epifanía del amor de Dios. El autor propone, inspirándose en P. Ricoeur, “una lectura de las metáforas del Cantar en la que se superponen distintos niveles de sentido que se enriquecen mutuamente”. Una serie de ejemplos (la viña, la flor de loto, los pasteles de uva y la enfermedad del amor) ilustran esta tesis. La complejidad simbólica de estas metáforas del amor humano se abre –por su propio dinamismo interno, y no de un modo simplemente extrínseco-alegórico– al sentido religioso. En conclusión, afirma el autor, “el «tema» del Cantar no es el amor de la pareja humana. Ni el amor de Dios por su pueblo. El tema del Cantar es el amor, sin más”.

Luis Anaya presenta un trabajo en el cual reflexiona sobre la Doctrina Social de la Iglesia en el marco de la teología moral filial, perspectiva desarrollada por el grupo *Hypsosis*, dirigido por el profesor Réal Tremblay. Anaya toma como punto de partida el concepto de Cuerpo de Cristo, por su raigambre bíblica y su aptitud para reflejar la densidad de significado de la vida eclesial y social. A la luz de esta idea, aborda algunos temas específicos: la violencia, la pobreza y el respeto del medio ambiente. En todos estos casos se resalta la insuficiencia de la justicia como mera asignación de derechos y deberes, si no se va más allá en el reconocimiento de la “verdad de la persona”, una verdad que sólo se comprende en una perspectiva relacional: la condición de hijos del Padre en Cristo, atestiguada por una interna predisposición filial. Es a partir de allí que se genera la comunión y la solidaridad, que se sobreponen a la violencia, al egoísmo social generador de la pobreza, y a la degradación del medio ambiente, los cuales tienen en última instancia la misma raíz: el pecado del hombre que se niega a glorificar a Dios en su identidad filial.

Terminamos con una mención al estudio histórico de Mons. G.

Durán, con motivo de conmemorarse los 125 años de la coronación pontificia de la Imagen de Ntra. Sra. de Luján, Patrona de la República Argentina. El autor recorre la historia de los distintos oratorios, capillas y templos que le han sido dedicados, desde 1630, año del milagro. Se detiene luego en la historia de la construcción del magnífico templo actual, con un cálido relato sobre los esfuerzos de su principal promotor, el P. Jorge M. Salvaire, cura vicario del Santuario, que dejó su vida en esta empresa, falleciendo de infarto precisamente en el año de finalización de los trabajos, en 1899. Es justo, pues, que dediquemos a este apóstol ejemplar e incansable, un recuerdo lleno de admiración y gratitud.